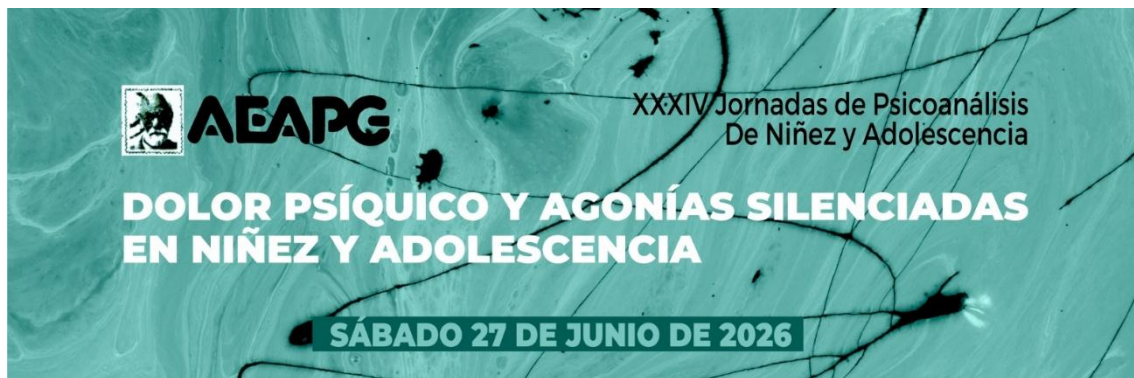




## **Matilda y la transferencia**

**<sup>1</sup>Mag. Teresita Bó**

### **Resumen:**

El presente trabajo busca compartir la experiencia del despliegue de la transferencia en el tratamiento de una adolescente con graves carencias afectivas. A medida que el tratamiento fue avanzando, la transferencia fue transitando por distintos derroteros y la analista debió poder leerla y también poder analizar la contra transferencia para que esta estuviera al servicio del avance del tratamiento.

**Palabras clave:** adolescencia - transferencia – contratransferencia

### **Desarrollo:**

Cuando llega su mamá para una primera entrevista, Matilda tenía 12 años. La mamá cuenta, preocupada que su hija tiene dificultades para vincularse con sus compañeros, a pesar de ir al mismo colegio desde Jardín de Infantes. Cuando era más chica esto no era tan notorio, pero a medida que fue creciendo se fue aislando, enojándose por cualquier motivo y se queda cada vez más encerrada en su cuarto.

Es bastante responsable en la escuela, pero también en los últimos tiempos se nota cierto desinterés y menor compromiso.

Cuando comienzo a interrogarla sobre la historia de Matilda, cuenta que tenía una buena relación con el padre, que se habían casado dos años antes de que llegara Matilda, que la habían buscado. Al nacer era una niña muy tranquila y alegre, bien

---

<sup>1</sup> Magister en Psicoanálisis UNLaM-AEAPG, Docente y Directora de Tesis de Especialización y Maestría AEAPG, Miembro del Área de Niñez y Adolescencia AEAPG

recibida por toda su familia, tanto la materna en la cual era la primera nieta, como la paterna, dónde ya había otros primos.

Comenzó su escolaridad en un Jardín Maternal, ya que ambos padres trabajaban. No tuvo dificultades en su adaptación.

Sus aprendizajes fueron adecuados a cada edad, siempre fue muy ágil y al año ya deambulaba. Su lenguaje también se desarrolló tempranamente. Era una niña muy curiosa que todo lo preguntaba.

Cuando Matilda tenía 6 años habían podido cumplir un sueño postergado y logrado comprar una casa, que refaccionaban juntos. Por aquel tiempo buscaron un segundo embarazo, que esta vez fue un varón.

Cuando la mamá cursaba el séptimo mes de embarazo se entera de que el padre de Matilda estaba a la vez esperando una hija con otra mujer. La pareja se disuelve inmediatamente y ella termina pariendo sola a su segundo hijo.

A pesar de esta difícil situación, Matilda no dejó de ver a padre, con quien se reunía en la casa de la abuela paterna. También conoce a su hermana a la que acepta y quiere desde el principio.

Unos años después el padre tiene otra hija mujer, a la que Matilda también acepta y quiere mucho. Espera los fines de semana en los que puede ver a su padre, para ver también a sus hermanitas. Y se alegra mucho cuando su padre la lleva a su nueva casa y no siente ninguna hostilidad hacia la nueva pareja de su padre.

Pero de a poco su padre deja de ir a casa de su abuela o lo hace en momentos en los que Matilda no está, deja de comunicarse con ella y ella lo espera infructuosamente.

Cuando me encuentro con Matilda, ella está cursando el primer año de la Escuela Secundaria. Parece una chica tranquila y un poco tímida, de pocas palabras. Se presenta a si misma como insoportable, enamorada, amorosa, enojona, indecisa.

Cuando le pido que dibuje lo que quiera hace un gran corazón, con el borde sombreado y dice que es lo único que sabe dibujar.

Relata algunas cosas de su historia y puede contar lo que le pasa con el padre.

En las siguientes sesiones cuenta que hace poco comenzó a jugar handball en un club cercano a su casa y que está enamorada de Miguel, su entrenador, varios años mayor que ella. También dice que invitó a su padre a que la vea en uno de sus partidos, pero que no fue. “Es un inútil!”, dice.

El tratamiento va discurriendo tranquilamente. Habla poco, pero yo tengo la sensación de que la transferencia se va instalando. ¿Pero me pregunto, hacia qué lado desembocará?

Sigue entusiasmo con Miguel, su entrenador. Lo busca en las redes, pero no para comunicarse con él, sino para tener una foto suya que mira a menudo. Miguel es una persona muy cariñosa y atenta, pero, felizmente para ella, nunca se ha apartado de su rol de entrenador. Le ha contado que tiene novia y sospecho que lo ha hecho como una forma de preservar la distancia y su lugar.

Ella le tiene un gran afecto y se siente escuchada y protegida por él. Quizás identifica en él los rasgos que espera de su padre. Es una persona confiable y presente en su vida.

Un tiempo después llega diciéndome que es bisexual, y que se siente parte de la “comunidad”. Descubrió su homosexualidad al sentir que le gusta una chica y que siente que son iguales, ambas padecen el abandono paterno. En estos momentos se empieza a evidenciar un fuerte enojo hacia su padre. Hasta ahora hacía comentarios tibios sobre su actitud, críticos, pero desligados de afecto.

En una entrevista con la madre, comenta que se ha vuelto muy agresiva en las comunicaciones, cuando no puede o no sabe expresar algo grita o insulta. Antes era muy cuidadosa con el lenguaje.

También empieza a ponerle límites a su madre y no acata sus pedidos con la docilidad de antes.

En lo social no logra vincularse del todo, ni en la escuela ni en su grupo deportivo. Solo mantiene una relación muy cercana con una chica a la que llama prima, hija de amigos de sus papás.

La transferencia también va tomando un giro. Se molesta cuando alguna intervención mía no le cae bien. “No hablo con vos, sólo le cuento a mi prima.” “No sabes nada!”, me dice.

No intervengo cuando la transferencia se torna agresiva. Tengo siempre la sensación de que hay algo fuerte anudado y que está depositando en mí su enojo y frustración hacia su padre. Con él no puede enojarse y continúa invitándolo a ver sus partidos o eventos escolares, a los cuales nunca acude, a veces se disculpa y otras ni siquiera. Ella siempre lo espera.

Poco a poco, y más allá de sus malos modos, me va contando cosas y va poniendo nombre a su malestar y a sus sentimientos.

Un día llega muy enojada. Relata una pelea con su mamá y dice que cuando se pelea con ella llora. Nunca había reconocido su dolor, ni su tristeza.

Enseguida toma un papelito del taco que está sobre el escritorio y dibuja un hombre sonriente, pero rompe todo el papel por fuera del dibujo. Toma otro papel y pega el dibujo y todos los papelitos recortados alrededor. Del lado de atrás escribe cuatro nombres, el suyo primero.

“Es el idiota”, dice. Los nombres que escribió son los de todos sus hijos.

“Parece que todo a su alrededor está roto, pero él está entero”, señalo.

“Si”, responde.

“Es difícil y te hace enojar mucho. Es tan grande tu desilusión y tu enojo que tiñe todo lo demás”, agregó.

Llora por primera vez en el consultorio.

A partir de este episodio se muestra más comunicativa. La transferencia da un nuevo giro. Siento que he pasado de ser depositaria de todos sus males a ser sostén de su angustia y receptáculo de sus decires.

Muchas veces le había dicho que sería bueno que yo hablara con su padre, pero ella se había negado terminantemente. Ahora, por primera vez me lo pide.

Durante tres meses intento comunicarme con él, dejándole mensajes en su celular. Le explico lo importante que sería para Matilda que pudiéramos hablar, pero nunca me respondió.

Yo trataba de disimular mi enojo cada vez que Matilda me preguntaba si me había respondido. Pero, a diferencia de lo que yo imaginaba, a ella parecía aliviarla el que no lo hiciera. Como si hubiera algo que nos uniera en el abandono.

Yo sigo atenta a la transferencia, ya que ella es muy cambiante conmigo. Sé que hay algo fuerte anudado entre ambas ya que en ocasiones es amable, puede contar algo de lo que le pasa, y en otras, sin que medie nada, es hostil, agresiva, cerrada. Un día se equivoca y me dice “mamá”. Cuando se da cuenta se ríe.

Comienza a mostrarme videos de Tik Tok. En uno hay una adolescente que frente a la violencia de sus padres quiere suicidarse. Le preguntó si a ella a veces le pasa los mismo y me dice que a veces se siente como esa chica pero que ni loca pensó en suicidarse.

Esa fue una sesión muy intensa. Al despedirse es la primera vez que deja que la abrace.

Comienza a ser una etapa de mucho trabajo psíquico. Por momentos puede dejar de lado todos sus enojos y centrarse un poco en ella, en qué puede hacer con las cosas que le pasen y siente, qué actitudes suyas dificultan el vínculo con los demás, qué miedos tiene.

Al llegar las vacaciones me dice que se siente mejor y que desearía descansar un tiempo de la terapia.

Al cabo de dos años y cuando está cursando el anteúltimo año de su secundaria, me llama y me pide retomar el tratamiento.

Me cuenta que cambió de colegio y que, si bien los vínculos le siguen costando, puede relacionarse un poco mejor con los compañeros.

Continúa con el deporte y se anotó en un grupo Scout con el que se siente cómoda y está muy enganchada.

Pero el tema de la relación con su padre sigue siendo muy difícil para ella. Ha logrado comunicarse con él vía WhatsApp para solicitarse dinero para sus libros, pero hace mucho tiempo que no lo ve. Dice que desea poder escribirle a su papá y decirle todo lo que siente y cómo ha sufrido su ausencia a lo largo de su vida. Pero no se anima.

En esa época había aparecido una serie por Netflix, Adolescencia. Viene y la comenta, sobre todo el episodio del chico con la psicóloga. Habla de la transferencia y me cuenta sobre un comentario que hizo con sus compañeros. “Me Salió muy vos”, dice. También comenta que siente que está en un período en que va a florecer, después de tocar fondo.

En otra sesión, mientras habla de las actividades de su semana, dice que hay dos cosas que no pueden faltar: Scouts y terapia.

Matilda realiza un trabajo muy profundo en sus sesiones. Ha adquirido una gran capacidad para reconocer sus dificultades, sus miedos, sus pensamientos recurrentes, su “sobrepensar”, como los llama ella.

Por el momento quiere dedicarse a sus proyectos: terminar el secundario y sus estudios de inglés, ir al viaje de egresados y comenzar la universidad. También quiere ganar dinero y comenzó a fabricar velas artesanales.

Cuenta el tiempo que no ve a su papá y eso la angustia, pero ha decidido silenciar eso por ahora. “Cuando tenga 18 me voy a preparar para encararlo. Aún no estoy lista”.

Pensando la transferencia en la adolescencia...

Sabemos que el adolescente atraviesa momentos de fuerte reconfiguración subjetiva: del cuerpo, de la identidad, de los ideales, de los vínculos familiares y del lugar que ocupa frente al deseo del Otro.

Por tanto, la transferencia suele presentarse de manera móvil, intensa, contradictoria, difícil a veces de sostener en el encuadre clásico.

El adolescente necesita tomar distancia de las identificaciones infantiles y de la dependencia respecto de los padres. Por eso, el analista pueda quedar ubicado alternativamente como figura de saber, aliado, intruso, juez, adulto decepcionante, testigo, o hasta alguien “innecesario”.

Muchas veces hay oscilaciones bruscas: acercamiento y rechazo, demanda y desmentida de la demanda.

En la adolescencia, la transferencia suele expresarse a través de silencios, actuaciones, olvidos, lenguaje corporal y debemos estar atentos a ese acto que en ocasiones habla más que la palabra.

Quizás lo más importante para la continuidad del análisis con los adolescentes sea la posibilidad de sentirse alojados, no invadidos, no moralizados y reconocidos en su singularidad.

En muchas ocasiones los adolescentes ponen a prueba el saber del analista, mediante ironías, desafíos, relativizando las intervenciones e incluso desacreditando el propio análisis. Justamente allí es dónde puede leerse una pregunta fundamental: “Qué sabe el Otro sobre lo que me pasa?” o también: “Existirá un lugar dónde poder existir sin quedar ligado a etiquetas familiares o sociales?”

Para concluir...

Poder estar atenta a los modos en que la transferencia se desplegaba a lo largo del tratamiento fue de gran importancia para mí. Soportar su enojo, su lejanía, su ironía cuando interpretaba, sabiendo que era la única manera en que podía hacerse presente allí.

En situaciones de desamparo, la transferencia no puede limitarse a interpretar deseos reprimidos. Hay que sostener la angustia, no aconsejar, pero sí construir condiciones de ligadura y generar recursos simbólicos que puedan ir sosteniendo la construcción que el adolescente va haciendo de sí mismo.

La primera parte del tratamiento de Matilda acompañó su dolor, su angustia y su indignación. Evité siempre minimizar su enojo o restar importancia a lo que ella relataba. Funcioné como testigo de su desamparo y sus sentimientos de soledad, reconociendo su intensidad.

Al mismo tiempo fueron desplegándose en análisis los aspectos más vitales de Matilda, sus deseos, sus intentos, sus logros.

Cuando Matilda vuelve a pedir tratamiento, su gran drama no estaba resuelto. Pero ella sí estaba dispuesta a hacer algo con él. Quizás no aún. Debía ocuparse de otras cosas. Pero también prepararse para ese momento en el cual pudiera animarse a

hablar con su verdad. Y quiso que fuera yo su testigo, garante quizás, de que algún día lo lograría.

## **Bibliografía**

Eberhardt, S. (2025) *Hacer lugar a los trabajos psíquicos en la adolescencia*, en Travesías pulsionales, desafíos clínicos. XVII Congreso Anual AEAPG. Buenos Aires

Maltz, O. (2023), *La eficacia terapéutica del psicoanálisis*. Lugar Editorial. Buenos Aires

Rodulfo, R. (1992), *Estudios Clínicos*. Cap. 10. El adolescente y sus trabajos. Paidós. Argentina